

A punta de reiterar sus escalofriantes vaticinios, ya el pesimismo, llamémoslo de izquierda, nos había familiarizado con un casi inevitable escenario en blanco y negro donde los únicos protagonistas eran las FF.AA. y Sendero Luminoso. Pero he aquí que la sonoridad y el brillo del pesimismo izquierdista habían opacado la existencia de un pesimismo de derecha. El último editorial de *Oiga* es un mal disimulado alarido de pánico ante la posibilidad de un escenario también sin matices, pero con protagonistas totalmente diferentes: el APRA y la IU, en un "bipartidismo nefasto" que excluiría definitivamente a una derecha que a partir de un desastroso sentido de ubicación espacial, Igartua denomina "centro".

Las recientes encuestas deben haber insuflado esperanzas a Igartua. En la capital, Bedoya aparece disputando unas elecciones que se anuncian reñidas. Si contra el pesimismo de derecha, Bedoya, contra el de izquierda: IU y Barrantes, quien mantiene la primera opción en la contienda del próximo 9 de noviembre. Así el futuro, si bien no muy diferente, se anuncia al menos matizado, con varios escenarios posibles para los próximos años:

1.- La concreción de la visión pesimista.

2.- La consolidación del "monomio" APRA/FF.AA. sobre la base de la abdicación sistemática del poder civil, lo cual hará innecesario el golpe militar.

3.- Una prolongación a mediano plazo de la situación actual, con el APRA tratando de debilitar y subordinar a la izquierda, posiblemente centrando su puntería en los sectores más radicales de IU.

4.- Una salida democrática al actual nudo de contradicciones, que haría realidad de alguna manera la pesadilla de *Oiga*, pero peor (para ella) en tanto no se trataría de esta IU ni del APRA de hoy en día.

Dos ilusiones se interponen entre la izquierda y la posibilidad de encabezar un desenlace democrático a la actual situación. Una, creer que el triunfo electoral en noviembre pone a IU a las puertas del gobierno en 1990. La otra, imaginar una izquierda armada a la cabeza de un auge de masas, y enmendándole la plana a SL y llevándose ella sola el mazo del poder.

#### CORRELACIONES Y FALSAS ILUSIONES

De 1985 para acá, el país vira lentamente a la derecha. La recomposición de la derecha en las próximas elecciones municipales es un indicador muy importante. Sumemos a ello la propia involución del APRA.

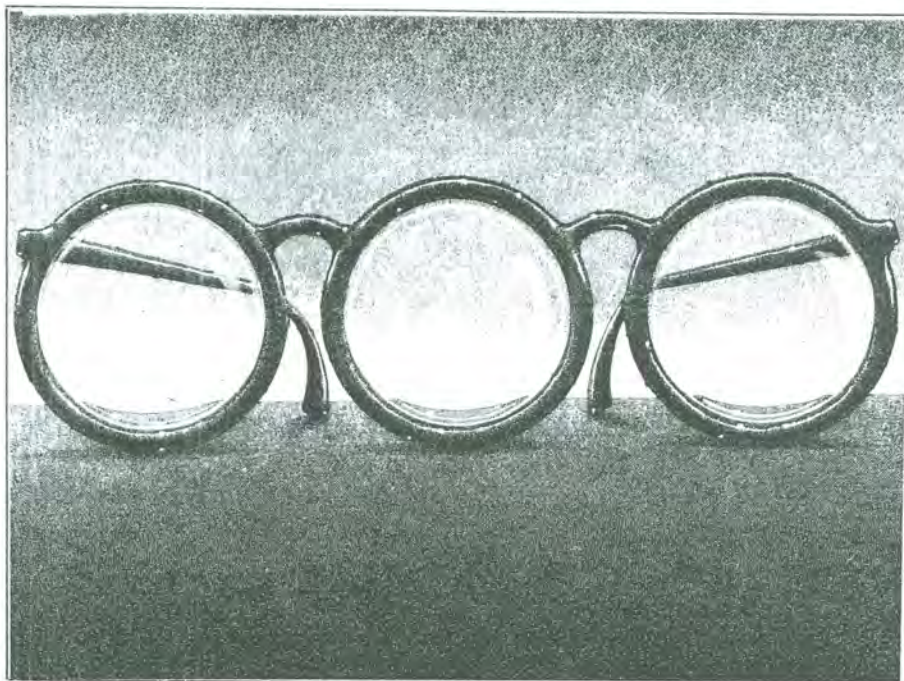
Por otra parte, el movimiento democrático continúa disperso y débil. Se viene hablando del peligro de división de IU, sin

## Romper el nudo gordiano

# Un acuerdo posible

Carlos Iván Degregori

*"Hasta la estadística tiene carácter de clase" solía decirse hace algunos años en círculos dogmáticos. En ciertas universidades la frase hizo fortuna, suscitó polémicas y sirvió de coartada para la supresión de los cursos de estadística "burguesa" en muchos programas y la formación de profesionales que difícilmente podían defenderse de una regla de tres (ni qué decir de un monomio). Hoy podríamos parafrasear al dogmatismo de antaño y afirmar que hasta el pesimismo tiene carácter de clase, o al menos color político.*



advertir que se está produciendo una división igualmente grave entre las vanguardias organizadas que se radicalizan y las retaguardias que se repliegan golpeadas por la crisis y la guerra sucia o confundidas por el clientelismo caudillista. A pesar de su discurso radical, las vanguardias organizadas no son capaces de articular al conjunto de sectores democráticos.

Tras esta incapacidad se encuentra, a su vez, el distanciamiento de la izquierda del movimiento social, las ilusiones desperdadas por el APRA en el gobierno y, sobre todo, el desarrollo de la guerra sucia, que objetivamente despolitiza y desmoviliza.

Es necesario, pues, reconocer que esta es una guerra de minorías, que si acaba engullén-

donos será por nuestra propia incapacidad. Y no estaríamos en las vísperas de una nueva Nicaragua, ni siquiera de otro El Salvador, sino en la antesala de algo mucho peor que Colombia o la Argentina de hace una década.

Si es una guerra de minorías y no se avisa en el futuro lo que la teoría marxista clásica llama "situación revolucionaria", la tentación armada es un suicidio o una subordinación a SL, que viene a ser una forma todavía más tortuosa y masoquista de suicidio. Pero tampoco podemos ignorar la violencia y la militarización, limitándonos a la disputa electoral sin darnos por enterados.

¿Por qué no convertir en instrumento político lo que hasta hoy es tan sólo un slogan, últimamente semiarchivado? Me re-

fiero a la necesidad de un Acuerdo Nacional por Paz con Justicia Social.

Para sustentarlo refirámonos a un principio de estirpe impecablemente ortodoxa: política de frente único. (Sólo SL desdén una política de frente único porque se considera omnipotente y omnisciente).

#### ROMPER EL NUDO GORDIANO

Si el país vuelve a dividirse en tercios, ¿cómo ser mayoría? El APRA no se va a derrumbar como el populismo durante la primera mitad de la década. Y aunque se derrumbara, la izquierda no sería necesariamente la beneficiaria del colapso, como quedó demostrado en 1985. Depende si utiliza la táctica correc-

ta para ganar a las mayorías nacionales a un proyecto democrático. Un acuerdo nacional por paz con justicia social puede ser ese proyecto.

El acuerdo, que puede entenderse como una propuesta de frente único en una determinada correlación de fuerzas, tiene como uno de sus objetivos finales ganar al APRA. Sí, a pesar de Rómulos, Abdones y Meches, y a pesar de las bandas armadas que parecieran estar tomando cuerpo en el seno de dicho partido. Porque si el APRA se derechiza es también por la incapacidad de la izquierda para bloquear su deslizamiento hacia posiciones autoritarias y macartistas e incidir sobre sectores más progresistas y sobre la base popular de un partido a todas luces heterogéneo.

Precisemos: no es un acuerdo palaciego. Es más bien la culminación de una larga lucha que parte de la reunificación y reorientación del movimiento social, del trabajo entre esas mayorías que no quieren guerra sino paz, desarrollo, soberanía nacional y democracia. El acuerdo no es para conciliar o velar contradicciones sino, por el contrario, para que emerjan y se potencien las verdaderas contradicciones sociales, hoy distorsionadas por las correlaciones militares que tienden desde los extremos. Pero es una disputa con límites que la propia situación del país impone. Por eso el acuerdo implica rechazar la militarización. No los militares (desde Grau y Cáceres hasta Velaasco hay toda una tradición por rescatar), sino la estrategia antisubversiva de seguridad nacional y guerra sucia, y la ideología anticomunista que la sustenta. Pero el acuerdo implica también ciertos consensos mínimos sobre vigencia de los mecanismos democráticos, política económica, soberanía nacional, y respeto a la organización autónoma y la autodefensa del pueblo.

Al principio, posiblemente sólo la izquierda y su periferia estarán por el acuerdo, pero resignarse a ello sería sellar de antemano la derrota estratégica de la izquierda y del país. Revertir la situación inicial y ganar a la mayoría implica tanto una transformación cualitativa de la izquierda, que supere su actual amorfismo e indefinición; y al mismo tiempo una derrota de la actual orientación aprista: del autoritarismo y el impulso a la militarización, que hegemonizan hoy ese partido.

Felizmente, para empezar existen bases sociales importantes, que pueden ser enrumadas en esa dirección: la proyectada Asamblea Nacional Popular, el reciente Encuentro de Organizaciones Vecinales, el movimiento regional puneño, las rondas campesinas democráticas.

¿Sumamente difícil y muy poco probable? Sin duda. Pero ¿qué salida fácil y segura existe para el Perú en 1986?